

del mundo, como sin testigos. Si se trabaja como si no hubiera en el mundo mas que Dios, y el que trabaja; y si se complace uno en que los demás trabajen aun mucho mas que él: si no nos inquietamos cuando nos interrumpen el trabajo; y si se procuran desempeñar las menores obligaciones con tanto cuidado y con tanto ardor como las mayores. Sobre todo, aquellas personas religiosas, que desprecian la observancia de las reglas menudas, con pretexto de que son menudencias, estén ciertas que no buscan puramente á Dios en el cumplimiento de las de mayor importancia. Cuando solo se desea dar gusto al amo á quien se sirve, se hace igualmente bien todo lo que quiere.

DIA XIX.

MARTIROLOGIO.

EL TRÁNSITO DE SAN GABINO, presbítero y mártir, hermano de san Cayo papa, en Roma, el cual despues de haber sido atormentado mucho tiempo en la cárcel, por órden de Diocleciano, con una preciosa muerte adquirió los eternos gozos del paraíso. (*Véase su vida en las de este día.*)

LOS SANTOS MÁRTIRES PUBLIO, JULIANO, MARCELO Y OTROS, en Africa.

LA CONMEMORACION DE LOS SANTOS MONGES Y OTROS MÁRTIRES, en Palestina, los cuales fueron cruelmente muertos por los Sarracenos, defendiendo la fe católica en tiempo del duque Alemundaro.

SAN ZAMDAS, obispo, en Jerusalem.

SAN AUXIBIO, obispo, en la ciudad de Soles.

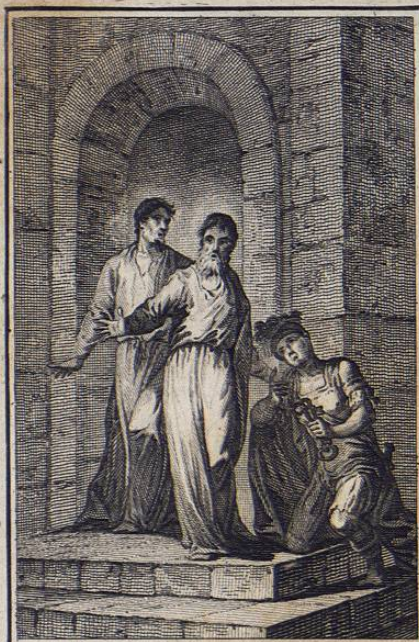
SAN BARBATO, obispo, en Benevento, célebre en santidad, el cual convirtió á la fe católica á los Longobardos con su capitán.

SAN MANSUETO, obispo y confesor, en Milan.

SAN GABINO, PRESBITERO Y MÁRTIR.

EL martirologio romano anuncia en este dia el glorioso nacimiento al cielo de S. Gabino, presbítero, y mártir, hermano de S. Cayo papa. Despues de haber estado largo tiempo en la cárcel y con duras prisiones este generoso confesor de Cristo, por órden del emperador Diocleciano, adquirió los gozos del paraíso por medio de una muerte muy preciosa.

Fué S. Gabino originario de Dalmacia, pariente del emperador Diocleciano, hermano del papa S. Cayo, y padre de Santa Susana, aquella que fué inmortal honor de las vírgenes romanas, pues prefirió la dicha de ser esposa de Jesucristo á la glo-



S. GABINO, PROTO
Y GENARO MRS.

ria de ser emperatriz de todo el mundo, derramando su sangre, y dando su vida por la fe. No se sabe con que ocasion vinieron a vivir a Roma S. Gabino y S. Cayo. Puede ser que la fortuna de Diocleciano, que habia ascendido por todos los grados de la milicia hasta el supremo empleo del ejército, trajese a su parentela a la capital del universo, corte ordinaria de los emperadores; pero es mas probable que los dos héroes cristianos pasasen a Roma puramente por motivo de religion, para vivir en una ciudad que era el centro de la fe, y donde triunfaba la Iglesia en medio de las mas crueles persecuciones por la santidad de las costumbres, y por la vida ejemplar y fervorosa de todos los fieles.

Tiénese por cierto que S. Gabino nació de padres cristianos hácia la mitad del siglo III. La bella educacion que logró, la inocencia de su vida, la tierna devocion, que parecia habia mamado con la leche, sus piadosas inclinaciones desde su mas tierna infancia; todo esto prueba verosimilmente la religion de los que le habian educado. No se descuidaron en enseñarle con tiempo las bellas letras; y como tenia un escelente ingenio nacido para el estudio, en poco tiempo adelantó mucho en letras humanas; pero se dedicó con mucha mayor aplicacion a la inteligencia de la sagrada Escritura, y de las ciencias divinas.

Era casado Gabino, pero no tuvo mas que una hija llamada Susana, a cuya crianza se aplicó con el mas vigilante desvelo, imbuyéndola desde la cuna en el temor santo de Dios, inspirándola un grande amor a la virginidad, y un sumo horror a todo lo que podia manchar el alma. Era Susana de una vivacidad, y de un espíritu extraordinario. A los seis años de su edad mostraba un despejo, una penetracion, y una brillantez tan superior, que todos la admiraban por esto, aun mas que por aquella singularísima belleza que con el tiempo fué aplaudida por una de las mayores hermosuras de toda Italia. Faltóla su madre siendo todavía muy niña; y su padre Gabino se dedicó enteramente a cultivar aquel nobilísimo terreno que mostraba las mas bellas disposiciones para la virtud, y para ser algun dia, como lo fué, una ilustrísima mártir.

Apenas se vió nuestro Santo desembarazado de los lazos del matrimonio por la muerte de su virtuosa mujer, cuando se aplicó enteramente a estudiar la ciencia de la religion, en un tiempo en que el paganismo estaba mas encarnizado en perseguir con furor a los cristianos. Libre de los empeños del siglo quiso ser admitido en el clero, y en poco tiempo fué uno de sus mas brillantes ornamentos. Correspondiendo su profunda erudicion y

su grande sabiduría á su eminente virtud, no es fácil explicar el inmenso bien que hizo en Roma este gran siervo de Dios. Elevado á la dignidad del sacerdocio, á pesar de la oposicion de su profunda humildad; corria las casas, las cabañas, los lugares subterráneos, y hasta las cavernas y grutas de los montes, bosques y peñascos, donde estaban refugiados los timidos cristianos, para animarlos, instruirlos, administrarles los sacramentos, y para asistirlos en todo. No cedía su celo al mas generoso, al mas infatigable, al mas industrioso, ni al mas eficaz. Veíase con admiracion á este santo presbítero pasar las noches enteras en las lóbregas concavidades de las rocas, para celebrar el santo sacrificio de la misa, y para alimentar con el divino pan, que hace fuertes á los que estaban en vísperas de ser sacrificados hostias inocentes al Dios vivo en las aras del martirio.

No se contenía el celo de S. Gabino precisamente dentro de los límites de estas grandes obras de caridad. Como era sabio compuso un excelente tratado contra los idólatras, en el cual esponiendo las impías y monstruosas supersticiones de los paganos, hacia visibles aun á los entendimientos mas limitados y á los ojos menos perspicaces el horror, la estravagancia y aun la locura de sus dogmas, demostrando al mismo tiempo con tanta precision, con tanta limpieza y con un modo tan plausible la verdad y la palpable santidad de la religion cristiana, que no se puede dudar, que con esta obra hiciese gran número de conversiones, confirmando en la fe á muchos á quienes tenia acobardados el miedo de los tormentos.

Habiendo sucedido S. Cayo en el pontificado al papa Eutichiano el año de 282, vió nuestro Gabino abrirse un nuevo dilatado campo á su infatigable celo. Se puede en cierta manera decir, que nuestro Santo cargó con parte de la solicitud pastoral del santo pontífice Cayo, y que Cayo encontró en su santo hermano un compañero fiel con quien repartió todos sus trabajos, sin esceptuar el de sus mismas cadenas.

Pero mientras Gabino trabajaba con tanto fruto en la viña del Señor, no por eso olvidaba el cuidado de su querida hija. Al mismo tiempo que cultivaba su entendimiento con las luces mas sublimes de nuestros mas elevados misterios, iba labrando su corazon con el ejercicio de las mas heróicas virtudes. Sobre todo, imprimió en ella un concepto, una idea tan superior de la virginidad, que despreciando generosamente los mas halagüeños tentadores atractivos del mundo, que podía prometerse por su claro entendimiento, por su elevada cuna, por su hermosura incomparable y por su extraordinario mérito, hizo voto de no

admitir otro esposo que á Jesucristo; previendo bien que su fe, y este amor á la virginidad pondrian algun dia en sus manos la gloriosa palma del martirio.

No ignoraba el emperador Diocleciano que Cayo y Gabino, sus parientes, eran cristianos, ni dudaba tampoco que Susana, mas distinguida por su raro mérito que por su singular belleza, profesase tambien la misma religion que profesaba su padre; pero como este principe los primeros años de su reinado se mostró muy favorable á los cristianos, los dejó vivir en paz, y aun su familia estaba llena de ellos. Susana en la escuela de su padre Gabino hacia maravillosos progresos en la ciencia de los Santos. Era la admiracion de los buenos, y el ejemplar de perfeccion que de ordinario se proponia á las doncellas cristianas. No podia dejar de tener glorioso fin una virtud tan singular, y parecia debida la corona del martirio á su virginal pureza, siendo ésta, en cierto modo, como la herencia rica de su casa.

Habiendo creado César á Maximiano Galerio el emperador Diocleciano, quiso tambien hacerle yerno suyo, dándole por mujer á su única hija la princesa Valeria. Muerta ésta, el emperador, que no queria que la púrpura saliese de su familia, y que estaba bien informado de las eminentes prendas de Susana, resolvió darla por esposa al nuevo César, y ordenó á un caballero pariente suyo, llamado Claudio, que buscase á Gabino, y que en su nombre le propusiese esta boda. Gabino, que conocia bien la virtud de su hija, y que antes perderia la vida que la virginidad que tenia consagrada á Dios, se persuadió desde luego á que el empeño del emperador, y la constancia de Susana, á uno y á otro lo conseguiria la corona del martirio. Recibió al caballero con la mayor urbanidad, y despues de manifestarle lo agradecido que quedaba á la honra que el emperador queria dispensarle, pidió por favor se le concediese algun tiempo para proponérsela á su hija, y para dar parte de ella á su hermano Cayo.

Llamó despues separadamente á Susana, y con voz dulce, con semblante sereno y tranquilo la dijo: *¿Conoces bien, hija mia, la grande dicha que gozas en tener por esposo á Jesucristo? ¿Te haces cargo de lo que vale tu estado? ¿Comprendes perfectamente su mérito y su valor? Conózcole tan bien, respondió Susana, que en su comparacion me parecen menos que nada todas las coronas del mundo: no hago mas caso de ellas que de un poco de humo, el cual solo se eleva para disiparse, solo sube para desvanecerse. Eso es, hija mia, estimar las cosas en su justo precio, discurrir y hablar como se debe. Pero demos caso*

que el emperador quisiese hacerte su nuera; ¿parécete que la augusta dignidad de emperatriz no te daría en los ojos, y no te tentaría el corazón? Sobre todo, si te dieran á escoger, ó la corona imperial, ó la corona del martirio, ¿cual de las dos escogerías? ¡Ay padre y señor, exclamó la Santa, y qué dichosa sería yo si me viera en ese paraje! ¡Qué presto tomaría mi partido! No, no sería capaz de deslumbrarme el resplandor de la púrpura imperial. Esposa soy de Jesucristo, y esposa cuya moriré. Ninguna cosa del mundo es bastante para hacerme titubear en la fe, ni para que padezca el menor vaiven mi fidelidad. Toda mi confianza la tengo colocada en aquel Salvador omnipotente, que es el único dueño de mi corazón. No, no me espantan los tormentos, y si no á la prueba me remito.

No pudo contener las lágrimas el virtuosísimo padre, enternecido con la cristiana magnanimidad de su querida hija. Ea, pues, Susana, la dijo, viendo estoy que presto te hallarás en esta prueba. El emperador quiere casarte con el César Maximiano, y Claudio tu pariente vendrá á hacerte la proposición de su parte. Apenas habian acabado esta conversacion cuando llamó Claudio á la puerta: despues de los primeros cumplimientos, declaró la voluntad y la órden que traía del emperador, dilatándose mucho en ponderar el esplendor, y las ventajosas conveniencias de tan ilustre alianza. Oyó Susana la proposición con el mas profundo respeto; pero cuando llegó el caso de hablar, revistiéndose de un aire resuelto, y determinado; pero al mismo tiempo modestísimo y atento: *Admirada estoy (respondió á Claudio) que si el emperador sabe, como no lo puede ignorar, que soy cristiana, piense casarme con un príncipe pagano; y príncipe que sobradamente se ha declarado ya enemigo mortal de los que profesan mi religion; pero si acaso lo ignora, yo os suplico que se lo digais de mi parte. Añádidle que estoy muy agradecida á la honra que me hace su Majestad imperial; pero al mismo tiempo asegúradle, que ningun hombre mortal me tendrá jamás por esposa suya.*

No dijo mas por entonces, y despidiéndose cortesanamente de aquel caballero, fué derecha á buscar á su tío el papa Cayo, y le refirió todo lo que habia pasado, ratificándose en la resolución de conservar su virginidad, aunque fuese á costa de su sangre y de su vida. Confirmla el santo Pontífice en su generosa resolución, animándola al martirio. Las circunstancias de su gloriosa victoria se pueden ver en la vida de este Santo el dia 22 de abril, y en la de la Santa el dia 11 de agosto. Por ahora nos contentaremos con decir, que teniendo Gabino bien previstas

todas las resultas de la generosa resistencia de su hija á la boda con Maximiano, no perdió punto de tiempo en confirmar la magnanimidad de aquella cristiana heroína. Empleó todos los motivos de amor que le podia inspirar su ternura, y todas las razones de persuasion, y de eficacia que le supo sugerir su elocuencia, para sostener aquella grande alma en las fuertes pruebas que la estaban esperando. A la verdad pocas veces campeó mas la fuerza de la divina gracia que en la serie de este combate. Fortalecida Susana con la virtud del Altísimo triunfó de todo el infierno; y Gabino tuvo el consuelo de ver triunfar la fe de Jesucristo en su propia familia.

Convirtiéronse á la fe Claudio, su mujer Prepedigna, con dos hijos suyos, acompañándolos en la misma dicha su hermano Máximo, uno de los caballeros mozos mas distinguidos en la corte; los cuales todos habiendo sido instruidos por Gabino, recibieron el bautismo de mano del santo papa Cayo; gloriosas conquistas que le llenaron de gozo, y mas cuando tuvo el dulce consuelo de verlos á todos coronados del martirio.

Nuestro Santo fué el testigo del combate, y de la victoria de su querida hija, que sufrió los mas crueles tormentos con tan heróica constancia, que admiró hasta los mismos paganos; no dudando S. Gabino que su poderosa intercesion le alcanzaria del cielo la suspirada gracia de derramar tambien su sangre por Jesucristo.

Mucho tiempo habia que ansiaba por este insigne favor, como recompensa de sus trabajos, de su eminente virtud y de su celo. Con efecto, apenas triunfó Susana de los tormentos, coronando su virginidad con el generoso sacrificio de su vida, cuando fué arrestado S. Gabino. Encerráronle en un oscuro espantoso calabozo, que fué para él lugar apacible de delicias. Resuelto el tirano á vencer la constancia de su fe; ó por el tedio, ó por las incomodidades de la prision, ó dejándole morir en ella de hambre y de miseria, le hicieron padecer cuantos tormentos puede inventar la mas cruel barbarie. La hediondez intolerable del calabozo, la eterna oscuridad en que estaba sepultado, la hambre, la sed y todas las incomodidades del temporal pusieron su firmeza en las mas terribles pruebas. Sufrió el Santo todos estos suplicios, no solo con una constancia inalterable, sino con tanta alegría como si pasara la vida mas divertida, y mas regalada del mundo. Es verdad que aquel Señor, que cuida con tanta especialidad de los que fielmente le sirven, templó bien las amargas de su prision con la abundancia de los interiores consuelos, con que dia y noche inundaba á aquella bendita alma. Seis meses pasó S. Ga-

bino en estos tormentos despues de la preciosa muerte de su hija Sta. Susana, hasta que queriendo el Señor coronar su paciencia premiando sus trabajos, permitió que le cortasen la cabeza. Terminó nuestro Santo la carrera de su vida por un glorioso martirio el dia 19 de febrero del año 296, dos meses antes que lograrse la misma suerte su hermano el santo pontífice Cayo; y fué enterrado por los cristianos el cuerpo de S. Gabino en el cementerio llamado de S. Sebastian.

En el año de 1608, Cárlos de Neufville, marqués de Alincourt, señor de Villeroy, gobernador de la ciudad de Leon, y del Leonés, y embajador en Roma, estando para restituirse á Francia, deseó traer un cuerpo santo con que enriquecer su patria. Madama Jaquelina de Harlay, su esposa, se le pidió al papa Paulo V, quien la dió el cuerpo de S. Gabino, y esta señora se le presentó á la iglesia de la Santísima Trinidad, del colegio de la Compañía de Jesus de dicha ciudad de Leon, donde se guarda con mucha veneracion en una rica urna de plata, conservándose en el archivo del colegio las letras auténticas originales de esta preciosa reliquia.

SAN BEATO, PRESBITERO.

Dios que elige las cosas necias, y humildes al parecer del mundo para confundir á los sabios y soberbios de él, eligió á san Beato humilde presbítero, bien que insigne en doctrina, y en santidad, para abatir el orgullo de Elipando, arzobispo de Toledo, protector del error que perturbó en su tiempo la tranquilidad de la Iglesia de España. Habia tenido este prelado por maestro en su juventud á Felix natural de Francia, hombre de un ingenio perspicaz, y de una vasta erudicion; pero dejándose llevar despues que ascendió á la dignidad de obispo de Urgel del fanatismo, que por lo comun preocupa el entendimiento de los herejes, tuvo la fragilidad de sostener con un empeño indiscreto, y con un teson irregular, que Jesucristo era hijo adoptivo del Eterno Padre, contra lo que espresamente enseñan las Sagradas Escrituras. Persuadió este error á su discípulo Elipando: y como se hallaba colocado en la cátedra principal de España, abusando de su autoridad, procedió por escrito primeramente, y despues con anatemas contra todos los obispos, y presbíteros de la nacion que impugnaban su pestifera doctrina.

Afeada la hermosura de la Iglesia de España por el prelado mas principal, y poderoso de ella, así como en otro tiempo previno Dios á un David contra el soberbio Goliath, sacó de las selvas á

S. Beato para que pelease gloriosamente contra el jactancioso arzobispo, que lleno de una vana presuncion, quiso avasallar á los defensores de la fe ortodoxa. Nació este héroe en las ásperas montañas de Liebana de las nobles familias de los mas antiguos Asturianos: educóse en la religion cristiana, y aplicado á los estudios, hizo en las ciencias grandes progresos, y con especialidad en las Santas Escrituras, de las que adquirió una perfecta inteligencia. Eligió el estado eclesiástico con el laudable objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la dignidad del sacerdocio. Luego que recibió el sagrado carácter, solo pensó en hacer una vida mas perfecta; y no teniendo ocioso el ministerio, trabajó infatigablemente por conservar el sagrado depósito de la fe en la misma pureza que la habian predicado los Apóstoles. Oyó la errónea doctrina que queria introducir en España el arzobispo de Toledo, y revestido de aquel santo celo, y de aquel valor que constituye el carácter de los varones apostólicos, comenzó á predicar el dogma católico por toda aquella region, declarando con el mayor ardor contra la herética novedad.

Conservaba Beato una íntima amistad con S. Eterio, obispo á la sazón de Osma, fundado este estrecho vínculo en la unidad de religion, en la conformidad de costumbres, y en la uniformidad de sentimientos: y reuniéndose ambos héroes en la gloriosa empresa de proceder acordes por palabras, y por escritos contra Elipando, y contra Felix protectores del error, predicaron y enseñaron por todos los pueblos la doctrina católica con tanto celo, y con tanta actividad, que á sus eficacísimas diligencias se debió el que regresasen muchos al gremio de la Iglesia, arrepentidos de haberse dejado seducir de los maestros de perdicion.

Sintió Elipando en el alma la oposicion de los dos ilustres héroes, por lo que lleno de soberbia, y de elacion, se quejó agríamente de ellos como despreciadores de su alto carácter, y de su suprema autoridad en una carta que escribió á cierto abad de Asturias llamado Felix, á quien dió comision para que les notificase su determinacion. Decia en la carta el vano arzobispo (hablando de Beato): ¿Quién oyó jamás que un hombre asturiano vagante por esas montañas se atreva á corregir, y á enseñar á los toledanos? Bien podía tomar ejemplo del obispo Atearico, que habiendo oido las espresiones de los impugnadores de opinion, recurrió á nuestra cátedra, rogándonos con humildad que le manifestásemos qué era lo que debia creer; pero confiamos en Dios que hemos de estirpar de esas montañas la herejía Beaticana, sostenida tambien por Eterio que como jóven se dejó

engañar de Beato, hombre silvestre y hablador; y así (prevenia al abad) amonestales que desistan de su terquedad, pues de lo contrario les herirémos con la formidable espada de la ana-tema.

Notificó Feliz la carta del orgulloso Elipando á Beato y á Eterio, creyendo que respetarian la autoridad de un arzobispo como el de Toledo; pero estuvieron tan léjos de acobardarse con las amenazas de aquel soberbio Goliat, que animados de un nuevo celo, le respondieron de comun acuerdo con una especie de símbolo arreglado á las Santas Escrituras, á las definiciones de los Concilios, y á los sentimientos de los Santos Padres. Y no satisfechos con este documento digno de eterna memoria, escribieron ambos una apología en defensa del dogma católico que era el asunto de la controversia: y esparciéndole por toda la nacion, desengañaron á muchos que preocupados con los paralogismos de los herejes, habian seguido el partido de la novedad.

Quisieron sin embargo sostener con pertinacia Felix y Elipando su perversa opinion; pero declamando incesantemente contra ellos los dos ilustres defensores de la doctrina ortodoxa, fueron condenados aquellos poderosos jefes en el Concilio que se celebró en Francfort de orden del emperador Carlo-Magno, al que asistieron como legados de la Santa Sede Teofilato y Esteban, y como nuncios de la Iglesia de España Eterio y Beato. Manifestaron estos á los Padres de aquella eclesiástica asamblea los vicios, y las enmiendas que Elipando, y Felix habian introducido en los códigos eclesiásticos, y en los escritos de los Santos Padres españoles para sostener su error, acreditando por los originales que exhibieron, que jamás hubo en héroes de tan conocida santidad, y de tan eminente sabiduría la mas mínima espresion, que favoreciese á la execrable novedad; y no satisfechos con esta manifestacion, contribuyeron á que se les impusiese por el Concilio la merecida anatema en justo castigo de su obstinada pertinacia: cuya pena aprobó el papa Adriano con todas las Actas de aquel célebre Sínodo, mandando que se admitiesen en todas las Iglesias.

Supo Elipando cuanto se determinó en Francfort, y queriendo dar á todo el orbe cristiano un testimonio público de su reconocimiento, habiendo convocado un Concilio en Toledo, ofreció á los Padres una confesion de fe católica, en la que protestaba creer que Jesucristo era hijo natural del Padre, y no adoptivo, como sostuvo hasta entonces lleno de preocupacion, corroborando el artículo con las espresiones del símbolo de S. Atanasio; en virtud de lo cual, y de la sinceridad de su arrepentimiento fué

reconciliado con la Iglesia. De este hecho resultó el que conociendo el mismo arzobispo, que Beato, y Eterio habian sido los mas acérrimos defensores de la doctrina católica, les pidió humildemente perdon, y contrajo con ellos una estrechísima amistad que conservaron hasta la muerte.

Serenadas las disensiones cismáticas que perturbaron la paz de la Iglesia de España, se aplicaron los dos ilustres héroes de la religion á extinguir del todo algunas dispersas, y mal apagadas chispas que habian quedado en la nacion, no obstante la solemne abjuracion del principal jefe de la herética novedad. Hicieronlo con tanta vigilancia, y con tanta actividad, que á espensas de su infatigable celo, y de sus sabias é ingeniosas exhortaciones consiguieron desarraigar del todo el contagio del nocivo veneno. Lograda esta apetecida felicidad se retiró Beato á Baldecaba ó Balcabado, lugar sito á la raya de las montañas de Liebana en el obispado de Leon cerca de un pueblo llamado Saldaña, donde soltando las riendas á su fervor, se ocupó en fervorosas oraciones, en rigurosos ayunos, y en asombrosas penitencias; pero sin perder jamás de vista el estudio de las Santas Escrituras, que fué siempre el objeto de todas sus atenciones, cuya meditacion le hizo escribir un libro sobre los misterios del Apocalipsis con admirable orden, obra verdaderamente digna del mayor aprecio. Siguió algunos años con este tenor de vida mas angélica que humana, hasta que queriendo el Señor premiar sus grandes merecimientos, le llevó para si en el día 19 de febrero á fines del siglo VIII. Su cuerpo fué sepultado en Baldecaba, y dignándose Dios hacer célebre el sepulcro de su fidelísimo siervo con portentosos milagros, fué elevado despues de tres años del primer depósito á un magnífico sepulcro de mármol donde se conserva en grande veneracion en la iglesia de su nombre: escepto un brazo, que engastado preciosamente, se guarda separado para darle á adorar á los enfermos, que concurren á implorar el patrocinio del Santo, venerado por los naturales con el nombre de S. Vieco.

SAN ÁLVARO DE CÓRDOBA, CONFESOR.

UNO de los varones ilustres que florecieron en España en el siglo XIV fué S. Alvaro, decóroso ornamento del Orden Dominicano, tan célebre por su santa vida como por sus hechos portentosos. Nació este héroe verdaderamente digno de los mas altos elogios, en la ciudad de Córdoba de la escelentísima casa de los duques de este título, tan distinguida por su calificada no-